



EL ATAQUE NEOLIBERAL A LA INDIA RURAL:

dos relatos de P. Sainath



Dossier nº21
Instituto Tricontinental de Investigación Social
octubre 2019

El ataque neoliberal a la India rural:

dos relatos de P. Sainath



Dossier n°21 del Instituto Tricontinental de Investigación Social
octubre 2019

El censo de 2011 en India contabilizó 833 millones de seres humanos que viven en áreas rurales, de los cuales 98,5 millones son agricultores. Durante las últimas décadas, la India rural ha estado sumida en una grave crisis agraria: la comercialización de la agricultura, el dominio de la agricultura por corporaciones multinacionales, pequeños agricultores y trabajadores agrícolas enormemente endeudados, una epidemia de suicidios entre ellos, altas tasas de desnutrición y crisis en cascada entre los artesanos, los mineros y todos los trabajadores rurales que sostienen la agricultura. Desde 1995, más de 300.000 campesinos se han suicidado y 15 millones de agricultores han abandonado sus tierras.

Esta crisis no puede achacarse por completo a la catástrofe climática. Es de autoría del conjunto de políticas neoliberales que ha devastado las vidas de cientos de millones de indios. Los costos de la agricultura han aumentado, el crédito con intereses razonables se ha desvanecido y los mercados de bienes son predeciblemente favorables a los comerciantes y a las empresas multinacionales. De hecho, estas, con su control de la cadena mundial de productos básicos, desde las semillas hasta los almacenes de comestibles, se benefician independientemente del clima errático o la fluctuación de los precios de los productos básicos. El campesinado, en cambio, sufre a cada paso.

P. Sainath, miembro senior del Instituto Tricontinental de Investigación Social y fundador del Archivo Popular de la India Rural (PARI, por su sigla en inglés), ha seguido esta crisis desde sus inicios. Fueron sus reportajes los que revelaron la corrupción

calculada que retorció los proyectos de desarrollo rural de India en su premiado libro de 1995 *Everybody Loves a Good Drought* [Todos aman una buena sequía, traducción libre]. Con un equipo de periodistas rurales, P. Sainath reveló la terrible cadena de suicidios de campesinos, encubiertos por el gobierno y por el viejo prejuicio de la vergüenza familiar. En los últimos años, Sainath ha estado escribiendo sobre la inmensidad de la crisis agraria y de los tentáculos de las finanzas en el campo. En este Dossier No 21 compartimos dos de sus historias. La primera trata acerca del duro impacto del cambio climático sobre una economía rural ya maltrecha. Sainath nos lleva a la región de Rayalaseema, en el estado de Andra Pradesh, donde se encuentra con campesinos que cultivan para empresas de semillas en las condiciones más adversas. La segunda historia nos lleva al estado de Kerala, donde se encuentra la cooperativa de mujeres Kudumbashree, que ha resistido resilientemente la devastación de las peores inundaciones en los últimos 94 años (como cubrimos en el Dossier No 9: Cómo Kerala luchó contra las mayores inundaciones en casi un siglo). Sainath no documenta solo el lado feo de la historia, sino que también está interesado en detectar las iniciativas que dan un soplo de vida al futuro del planeta.

Sainath plantea un programa rápido de tres puntos para revertir la calamidad agraria:

1. La agricultura debe tener enfoque agroecológico, tanto en la elección de ubicación para plantar, como en la elección de cultivos. No se debe sembrar café en Alaska, y la caña de azúcar no debe cultivarse en Marathwada. Se debe aprovechar

y cultivar plantas nativas. Hay que preocuparse por cultivos perennes y por aquellos que solo requieren pesticidas y fertilizantes orgánicos.

2. La agricultura debe desindustrializarse, dejar el uso intensivo de productos químicos tóxicos y el uso de semillas peligrosamente mecanizadas.
3. La reforma agraria es esencial, particularmente aquella que crea cooperativas y colectivos. La agricultura pertenece a las comunidades, no a las corporaciones.





El agricultor Pujari Linganna en la aldea de Dargah Honnur, en el distrito de Anantapur, estado de Andhra Pradesh, estudia su cultivo de *bajra* (mijo perla) que está creciendo; está tratando de cultivar una variedad híbrida en un pedazo de tierra que se desertifica rápidamente.

Archivo Popular de la India Rural / Rahul M

Cuando los osos negros del Himalaya salen de la hibernación un mes antes de tiempo y atacan las aldeas porque la «bienvenida» de la naturaleza de frutas, raíces y nueces aún no está lista, sabes que algo está cambiando. Cuando un pedazo de tierra en lo profundo del sur de la región peninsular se seca tanto que la industria cinematográfica lo utiliza para rodar escenas de peleas en el desierto, sabes que no se trata del arte imitando a la vida y a la naturaleza. Cuando las experiencias de campesinos, trabajadores agrícolas y pescadores nos dan una idea de como las prácticas industriales y agroecológicas están vinculadas a los episodios climáticos extremos, sabemos que tenemos que hacer un gran cambio. Tenemos que liberar al debate sobre el cambio climático de los cleptócratas de las corporaciones y sus expertos.

Este debate está hoy controlado por los burócratas de los gobiernos nacionales (que actúan como comités ejecutivos de sus respectivos mundos corporativos) y por la Gran Industria Automotriz y compañeros, cuyos think tanks cautivos quieren que aprendamos a «combatir» el cambio climático a su manera.

Las posiciones de los principales think tanks sobre el cambio climático van desde la negación hasta una explicación que apunta a los caprichos de la naturaleza: ya ha pasado esto antes, ¿acaso hemos olvidado la Edad de Hielo, cuando no había industria alrededor? El papel de la agencia humana, nos dicen algunos de ellos, ha sido muy exagerado. Y luego están esas personas de los medios de comunicación, esas que no pueden distinguir entre un manglar y un arado manual, predicando desde el currículum corporativo centrado en el mercado.

Cubrir la India rural no es fácil y mucho menos cubrir su crisis climática. Para empezar, India no tiene una definición oficial de «rural»; su Censo define solo «unidad urbana» o ciudad. Y como dice uno de los documentos del Censo 2011: «Todas las áreas no catalogadas como áreas urbanas son áreas rurales». En resumen, todo lo que no es urbano es rural. Luego tenemos la extraordinaria multiplicidad de zonas climáticas en la India (cuyo número varía según el sistema de clasificación que se utilice).

En el Archivo Popular de la India Rural decidimos que nuestro papel era aprender, no predicar. Entendemos como buen periodismo a aquel que se relaciona con los grandes procesos de nuestro tiempo y cuenta sus historias a través de la vida cotidiana de gente común. Decidimos tratar de comprender los enormes impactos y factores que impulsan el cambio climático a través de las voces de las personas comunes y corrientes y de sus experiencias. Decidimos intentar esto para cada zona climática del país. Y cada reporterx, en cualquier zona en la que se hallaba, se encontró en un viaje de descubrimiento.

En Anantapur descubrimos cómo manipular prácticas agrícolas desarrolladas localmente, saludables y ambientalmente racionales, en busca de eficiencia capitalista, puede tener consecuencias increíbles; cómo el cambio hacia modelos agrícolas capitalistas y semillas comerciales corporativas no solo afecta la economía de la agricultura, sino que también socava el papel y la condición de las mujeres en la agricultura de la región; cómo afecta a la temperatura

y el clima; y, por último, cómo contribuye en cierto grado a los cambios en los patrones climáticos.

En Kerala, aprendimos más en una tarde con las agricultoras del gran movimiento Kudumbashree que en un mes de seminarios organizados por think tanks. De estas mujeres aprendimos esperanza y posibilidades, aprendimos cuán importante es el uso, la propiedad y el control de la tierra, así como los patrones de cultivo, en la búsqueda de una agricultura sostenible. Esperamos que las dos historias a continuación comuniquen algo de estos aprendizajes.



Las filas de plantas cuidadosamente dispuestas por Honnureddy se cubrieron de arena en cuatro días.
Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath

I. Está lloviendo arena en Rayalaseema

Una clásica escena cinematográfica india de pelea en el desierto. Contra el telón de fondo de dunas y depresiones con un poco de vegetación de matorral, el héroe se levanta de las arenas ardientes de un páramo estéril para golpear a los malos hasta convertirlos en puré. Añadiendo mucho calor y polvo a lo que la naturaleza ya provee, la película llega a un final feliz (excepto para los villanos). Innumerables películas indias han producido estas escenas en áreas desoladas de Rajastán. O incluso en los barrancos del valle de Chambal en el estado de Madhya Pradesh.

Solo que esta escena en un yermo árido no utilizó locaciones de Rajasthan o de Chambal. Fue rodada en las profundidades de la península del sur, en la región de Rayalaseema del estado de Andhra Pradesh. Esta parcela específica, unas 400 hectáreas en el distrito de Anantapur, alguna vez cubierta por cultivos de mijo, a lo largo de varias décadas se ha convertido en un desierto cada vez más grande. Esta desertificación ha sido impulsada por factores a menudo paradójicos y ha creado el tipo de espacio que los cineastas envían a buscar al equipo de producción.

En la aldea de Dargah Honnur, donde viven los principales dueños de esta parcela, fue difícil hacer creer a cualquiera que no éramos productores buscando locaciones para películas.

«¿Para qué película es esto? ¿Cuándo llegará?», era la pregunta explícita o en sus cabezas. En algunos casos, se podía ver una rápida disminución del interés cuando se enteraban de que éramos periodistas.

Quienes hicieron la película Telegu que hizo famoso al lugar – Jayam Manade Raa (La victoria es nuestra)– rodaron aquí sus escenas de lucha entre 1998 y 2000. Como cualquier cineasta comercial diligente haría, jugaron con el «set» para mejorar el efecto desierto. «Tuvimos que sacar nuestros cultivos (por lo cual nos compensaron)», dice Pujari Linganna (45 años), cuya familia es dueña de las 14 hectáreas donde se filmó la pelea. «También eliminamos un poco de vegetación y pequeños árboles para que pareciera más real». Un hábil trabajo de cámara y el uso inteligente de los filtros hicieron el resto.

Si los creadores de Jayam Manade Raa estuvieran filmando hoy una secuela situada 20 años después, tendrían que hacer mucho menos. El tiempo, la naturaleza atormentada, y la implacable intervención humana han creado todas las mejoras del desierto que podrían pedir.

Pero es una curiosa zona desértica. Todavía hay cultivos, porque todavía hay agua subterránea muy cerca de la superficie. «Encontramos agua en este pedazo apenas a 4,5 metros por debajo» dice P. Honnureddy, hijo de Linganna. En gran parte de Anantapur, las perforaciones no encontrarán agua antes de 150-180 metros. En partes del distrito, han roto la marca de los 300 metros. Sin embargo, aquí hay agua brotando de un pozo

de cuatro pulgadas mientras conversamos. ¿Tanta agua, tan cerca de la superficie, en esta zona caliente y arenosa?

«Toda esta zona yace en el lecho extendido de un río» explica Palthuru Mukanna, un agricultor de una aldea cercana. ¿Qué río? No se ve nada. «Construyeron una represa hace [unas cinco] décadas, a unos 25-30 kilómetros de D. Honnur, en el río Vedavathi que pasaba por aquí. Nuestro tramo del Vedavathi, un afluente del Tungabhadra, también llamado Aghari, simplemente se secó».

«Eso fue lo que realmente pasó», dice Malla Reddy del Centro Ecológico (del Fondo de Desarrollo Rural de Anantapur), pocos conocen esta región tan bien como él. «Y el río puede estar muerto, pero, a lo largo de los siglos, ayudó a crear una reserva subterránea de agua que ahora está siendo explotada y extraída sin pausa a un ritmo que indica un desastre inminente».

Ese desastre no tardará en llegar. «Casi no había ninguna perforación hace 20 años», dice V. L. Himachal (46 años), un agricultor con 4,8 hectáreas en la zona desertificada. «Todo era agricultura de secano. Ahora hay entre 300 y 400 pozos de sondeo en alrededor de 400 hectáreas. Y encontramos agua entre 9 y 11 metros, a veces más». Esto quiere decir una perforación por cada hectárea o menos.

Esto es alta densidad, incluso para Anantapur, que como Malla Reddy señala, «tiene cerca de 270.000 pozos de sondeo, aunque

la capacidad de carga del distrito es de 70.000. Y casi la mitad de este gran número está seca este año».

Entonces, ¿para qué son los pozos de sondeo en estas tierras baldías? ¿Qué es lo que se cultiva? Lo que aparece en el pedazo que estamos explorando no es ni siquiera el maní que todo lo cubre en el distrito, sino el *bajra* (mijo). Ese mijo es cultivado aquí para obtener semillas. No para consumo o para el mercado, sino para empresas de semillas que han contratado a los agricultores para hacer este trabajo. Se pueden ver plantas hembra y macho dispuestas ordenadamente en filas adyacentes. Las empresas están creando un híbrido a partir de dos variedades de *bajra*. Esta operación requerirá una gran cantidad de agua. Lo que queda de la planta después de la extracción de semillas sirve como forraje en el mejor de los casos.

«Obtenemos 3.800 rupias [53,7 dólares] por quintal por este trabajo de replicación semillas», dice Pujari Linganna. Parece poco, dada la mano de obra y el cuidado que implica, y el hecho de que las empresas venderán esas semillas al mismo tipo de agricultores a precios muy altos. Otro cultivador de este terreno, Y. S. Shantamma, dice que su familia recibe 3.700 rupias [52,2 dólares] por quintal.

Shantamma y su hija Vandakshi dicen que el problema de cultivar aquí no es el agua. «Incluso tenemos agua en la aldea aunque no tenemos conexión de cañerías en casa». Su dolor de cabeza es la arena, que, además del enorme volumen ya existente, puede acumularse muy rápido. Andar penosamente

incluso distancias cortas en arena de un metro o más de profundidad puede ser agotador.

«Simplemente puede destruir el trabajo que has realizado» dice la madre, y la hija P. Honnureddy está de acuerdo, mostrándonos el tramo bajo una duna de arena donde había colocado trabajosamente hileras de plantas hace menos de cuatro días. Ahora son solo surcos cubiertos de arena. Este lugar, parte de una zona cada vez más árida y en la que fuertes vientos azotan la aldea, tiene tormentas de arena.

«Tres meses cada año llueve arena en esta aldea», dice M. Basha, otro cultivador del desierto. «Se mete en nuestras casas, en nuestra comida». Los vientos traen la arena volando incluso a las casas que no están tan cerca de las dunas. Las redes o puertas adicionales no siempre funcionan. «Isaka varsham [la lluvia de arena] es parte de nuestras vidas ahora, simplemente vivimos con ella».

Las arenas no son ajenas a los residentes de la aldea de D. Honnur. «Pero sí, su intensidad ha aumentado», dice Himachal. Muchos de los arbustos y árboles pequeños que antiguamente sirvieron como barreras contra el viento han desaparecido. Himachal habla con conocimiento de causa sobre el impacto de la globalización y la economía de mercado en su aldea. «Ahora calculamos todo en efectivo. Los arbustos, árboles y la vegetación se fueron porque la gente quería utilizar cada centímetro de tierra para cultivos comerciales». El agricultor M. Tippaiyah (55 años) añade que «si cae arena cuando las semillas

están germinando o brotando, el daño es total». Los rendimientos son menores, a pesar del acceso a agua. «Obtenemos siete quintales de maní por hectárea, en el mejor de los casos diez», dice el agricultor K. C. Honnur Swarmy (32 años), en comparación con el rendimiento promedio del distrito de alrededor de doce quintales por hectárea.

Los agricultores no ven ningún valor en las barreras naturales contra el viento. «Solo buscarán árboles que tengan valor comercial», dice Himachal. Pero, estos árboles comerciales, que no se adaptan a estas condiciones, podrían no crecer aquí. «Y de todos modos, las autoridades siguen diciendo que nos ayudarán con los árboles, pero eso no ha ocurrido».

«Hace unos años», dice Palthuru Mukanna, «varios funcionarios del gobierno condujeron hasta la zona de las dunas para una inspección». El safari del desierto terminó mal cuando su camioneta, enterrada en la arena, tuvo que ser remolcada por los aldeanos con un tractor. «No los hemos vuelto a ver desde entonces», añade Mukanna. También hay períodos, dice el agricultor Mokha Rakesh «en los que el autobús no puede ir a ese lado de la aldea».

La pérdida de arbustos y bosques es un problema en toda la región de Rayalaseema. Solo en el distrito de Anantapur, 11 % del área está clasificada como «bosque». La cubierta forestal real ha disminuido a menos del 2%. Esto ha tenido un impacto inevitable en el suelo, el aire, el agua y las temperaturas.



El nieto de Linganna, Honnur Swamy, es ahora un agricultor del desierto.
Archivo Popular de la India Rural / Rahul M

El único bosque grande que se ve en Anantapur es la jungla de molinos de viento, miles de ellos, que salpican el paisaje por todos lados, incluso bordeando el mini desierto. Estos han surgido en terrenos comprados o alquilados a largo plazo por empresas de molinos de viento.

De regreso en D. Honnur, un grupo de un grupo de cultivadores de parcelas de desierto nos asegura que las cosas siempre fueron así. A continuación presentan evidencia concluyente de lo contrario. La arena siempre ha estado ahí, sí, pero su fuerza, produciendo tormentas de arena, ha crecido. Antes había más arbustos y cobertura. Ahora, hay muy poco. Siempre han tenido agua, sí, pero después supimos de la muerte de su río y que mientras hace dos décadas había muy pocos pozos de sondeo, ahora hay cientos. Cada uno de ellos recuerda un pico en el número de episodios climáticos extremos en las dos últimas décadas.

Los patrones de precipitaciones también han cambiado. «En términos de cuándo necesitamos las lluvias, diría que hay un 60 % menos», dice Himachal. «Hay menos lluvias alrededor de Ugadi [Año Nuevo Telugu, usualmente en abril] en los últimos años». Anantapur se ve afectado por los monzones del suroeste y del noreste, pero no se beneficia plenamente de ninguno.

Incluso los años en que el distrito recibe su precipitación media anual de 535 mm, el timing, la amplitud y la dispersión han sido terriblemente erráticos. En algunos años, las lluvias han pasado de las temporadas de cosecha a las de no cosecha. A

veces, ha habido un gran aguacero en las primeras 24 a 48 horas y grandes períodos de sequía después. El año pasado, algunos mandals [distritos] sufrieron períodos de sequía de casi 75 días durante la temporada de cosecha (de junio a octubre). Con el 75% de la población de Anantapur en las zonas rurales y el 80% de los trabajadores dedicados a la agricultura (ya sea como agricultores o como trabajadores agrícolas), esto resulta devastador.

«Solo ha habido dos años realmente ‘normales’ en Anantapur en cada una de las dos últimas décadas», dice Malla Reddy del Centro de Ecología. «En cada uno de los 16 años restantes», entre dos tercios y tres cuartos del distrito han sido declarados afectados por la sequía. En los 20 años anteriores a ese período, hubo tres sequías por década. Los cambios que comenzaron a finales de los años ochenta se han acelerado cada año».

Un distrito que fue una vez el hogar de una multitud de mijos se ha dedicado cada vez más a cultivos comerciales como el maní. El distrito vio, a la par, un hundimiento masivo de pozos de sondeo. Según un informe de la National Rainfed Area Authority [Autoridad Nacional del Área de Secano], ahora hay «focos en los que la explotación de las aguas subterráneas ha superado el 100 %».

«Hace 40 años, teníamos un patrón claro, tres sequías por cada 10 años, y los agricultores sabían qué sembrar. Había entre 9 y 12 cultivos diferentes y un ciclo de cultivo estable», dice C. K. ‘Bablu’ Ganguly. Él dirige el Colectivo Timbaktu, una ONG

que durante tres décadas se ha dedicado al mejoramiento económico de los pobres rurales en esta región. Su compromiso de cuatro décadas aquí le ha dado una enorme visión de la agricultura de la región.

«El maní [que ahora cubre el 69 % del área cultivada en Anantapur] nos hizo lo mismo que le hizo al Sahel en África. El monocultivo en el que hemos caído no solo alteró la situación del agua. El maní no soporta la sombra, entonces la gente tala los árboles. El suelo de Anantapur fue destruido. Los mijos fueron diezmados. La humedad ha desaparecido, lo que dificulta la vuelta a la agricultura de secano». Los cambios en los cultivos también socavaron el papel de las mujeres en la agricultura. Tradicionalmente, eran las guardianas de las semillas de los diversos cultivos de secano que alguna vez crecieron aquí. Una vez que los agricultores comenzaron a comprar semillas en el mercado para los híbridos de cultivos comerciales que se apoderaron de Anantapur (como el maní), el papel de las mujeres se redujo en gran medida al de trabajadoras. Además se perdieron, a lo largo de dos generaciones, las habilidades de muchos agricultores en el complejo arte de cultivar múltiples y variados cultivos en los mismos campos.

Los cultivos para forraje representan actualmente menos del 3% de la superficie cultivada. «Anantapur tuvo alguna vez uno de los mayores números de pequeños rumiantes en el país», dice Ganguly. «Los pequeños rumiantes son el mejor activo – propiedad móvil– de las antiguas comunidades de pastores tradicionales como los kurubas. El ciclo tradicional, en el que

los rebaños de pastores proporcionaban abono post cosecha a los campos de los agricultores en forma de estiércol y orina, se ve interrumpido por los cambios en los patrones de cultivo y la agricultura química. La planificación de esta región ha demostrado ser hostil a los marginalizados».

En D. Honnur, Himachal reconoce cómo la biodiversidad agrícola a su alrededor se encoge y las consecuencias de ello. «Antes, en esta misma aldea, teníamos *bajra*, caupí, chícharo salvaje, frijol de palo, ragi, moha, mungo, habichuelas... », comenta con una lista. «Mucho más fácil de cultivar, pero la agricultura de secano no nos aporta dinero». El maní lo hizo, por un tiempo.

El ciclo de cultivo del maní es de alrededor de 110 días. De esos 110 días, el maní solo cubre el suelo por 60-70 días, reduciendo dramáticamente la protección del suelo contra la erosión. En la época en que se cultivaban nueve mijos y leguminosas diferentes, estos cultivos ofrecían a la capa superior del suelo una sombra protectora de junio a febrero cada año, con uno u otro cultivo siempre cubriendo el suelo. Esta diferencia en la cobertura del suelo ha provocado a una erosión devastadora desde la transición al monocultivo de maní.

De regreso a D. Honnur, Himachal reflexiona. Sabe que los pozos y los cultivos comerciales trajeron grandes beneficios a los agricultores. También ve la tendencia decreciente de esos beneficios y el aumento de la migración a medida que se reducen los medios de subsistencia. «Siempre hay más de 200 familias

buscando trabajo fuera», dice Himachal. Eso es una sexta parte de los 1.227 hogares que el Censo de 2011 registra para esta aldea en el mandal de Bommanahal en Anantapur. «Alrededor de 70-80% de los hogares están endeudados», añade. Los problemas agrícolas han sido intensos en todo Anantapur durante dos décadas, y es el distrito más duramente golpeado por los suicidios campesinos en el estado de Andhra Pradesh.

«El tiempo del auge de las perforaciones se acabó», dice Malla Reddy. «Lo mismo ocurre con los cultivos comerciales y los monocultivos». Sin embargo, los tres aún proliferan, impulsados por ese cambio fundamental desde una producción orientada al consumo, a «crear productos para mercados desconocidos».

Si el cambio climático se trata simplemente de la naturaleza apretando su botón de reinicio, entonces, ¿qué fue lo que vimos en D. Honnur y Anantapur? Además, como nos dicen los científicos, el cambio climático se produce en zonas y regiones naturales muy extensas. D. Honnur y Anantapur son unidades administrativas, meras briznas, demasiado pequeñas como para calificar. ¿Puede ser que los grandes cambios que atraviesan regiones mucho más grandes puedan a veces empeorar las características existentes de las subregiones dentro de ellas?

Casi todos los elementos de cambio aquí son el resultado de la intervención humana: la «epidemia de pozos»; el cambio masivo a cultivos comerciales y monocultivos; la pérdida de biodiversidad que podría ser la mejor defensa de Anantapur

contra el cambio climático; la extinción en marcha del acuífero; la devastación de la pequeña cubierta boscosa que tenía esta región semiárida; el deterioro de la ecología de pastizales y la grave degradación del suelo; la intensificación de la agricultura química impulsada por la industria; el desmoronamiento de las relaciones simbióticas entre granjas, bosques, pastores y agricultores; la pérdida de medios de subsistencia y la muerte de los ríos. Todos estos factores han tenido un claro impacto en las temperaturas, el tiempo y el clima, lo que a su vez ha agravado aún más estos procesos.

Si la agencia humana, impulsada por un modelo económico y de desarrollo enloquecido, es el principal factor que impulsa los cambios entre nosotros, hay mucho que aprender de esta región y de muchas otras similares.

«Tal vez deberíamos cerrar los pozos y volver a la agricultura de secano», dice Himachal. «Pero es muy difícil».



V.L. Himachal
Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath

II. *Las mujeres de Kerala se elevan por encima de las inundaciones*

«El polvo fino del limo seco y la contaminación de toda la suciedad que yace en los campos es bastante desagradable», dice Dathan C.S. en Pattanamthitta. «Por favor usa esto», añade, entregándome una máscara de cirujano. Detrás de él, una mujer se ríe de esto, una de aquellas personas cuyas granjas fueron arruinadas por las inundaciones de Kerala. «Vive en Mumbai», se burla ella, «¿qué protección contra la contaminación podría necesitar?».

Los campos son la imagen de la devastación. Lo que alguna vez fue una fina y lucrativa zona de arroz y yuca yace enterrada bajo varios centímetros –en algunos lugares, metros– de cieno del lecho del río y efluentes y contaminantes traídos aguas arriba por las aguas de la inundación. En muchas hectáreas de tierras de cultivo esta mezcla mortal de lodo y materia se ha secado y endurecido bajo el sol abrasador, cubriendo el suelo como una manta de cemento crudo.

Los niveles freáticos están bajando, el agua subterránea no se está recargando, los pozos se están secando, las temperaturas están subiendo. Todo esto y más ha impactado nocivamente en toda la ecuación entre las aguas superficiales y subterráneas. Las ecologías ribereñas se han transformado dramáticamente.



Las mujeres están trabajando en la limpieza del cieno, pero los tramos como éste, en medio de los campos, siguen endurecidos y son difíciles de limpiar.
Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath

Con la pérdida de sus lechos de arena y limo, muchos ríos y arroyos ahora no pueden retener agua. Y así, por extraño que parezca, la próxima calamidad que Kerala podría enfrentar es una sequía. Restaurar los cultivos en esta situación puede desanimar a los más decididos.

Pero no a las campesinas de Kudumbashree.

Hay más de un cuarto de millón de ellas, una parte de la enorme red comunitaria de mujeres en Kerala. Kudumbashree (literalmente 'prosperidad de la familia') tiene cerca de 4,5 millones de integrantes. La afiliación está abierta a todas las mujeres adultas pero limitada a una mujer por hogar. Esto significa que cerca del 60% de los 7,7 millones de hogares de Kerala tienen una integrante que forma parte de esta red. En el corazón de Kudumbashree están las 320.000 mujeres campesinas que se han agrupado en *sangha krishis*, unidades que practican agricultura de grupo o colectiva.

Hay 70.000 *sangha krishis*, cada una con cinco miembros en promedio. Cada grupo trabaja en tierras arrendadas, usualmente de menos de una hectárea, a veces de apenas 40.000 m². La mayoría practica agricultura sustentable, orgánica o con pocos insumos. En un país donde la agricultura es un caos, estas mujeres han administrado sus minúsculas tierras agrícolas con fines de lucro basadas en el principio de la «justicia alimentaria». Como ejemplo de esto, el excedente de la producción solo puede venderse en el mercado después de que todas las familias del grupo de agricultoras hayan satisfecho sus propias necesidades.



Agricultoras de una unidad de agricultura colectiva Kudumbashree en Pattanamthitta, estado de Kerala. Toda su cosecha fue destruida por terribles lluvias e inundaciones, pero las mujeres no se desaniman y prometen volver a cultivar en sus campos cubiertos de escombros en pocos meses.

Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath

Su éxito y eficiencia quiere decir que, a diferencia de lo que ocurre en otras partes del país, los bancos persiguen a los agricultores y no al revés. En el distrito de Pattanamthitta donde estamos ahora, la tasa de pago de los créditos es de 98,5%. En algunas aldeas, Kudumbashree es el mayor depositante en el banco local.

Pero ahora los *sangha krishis* yacen devastados por las inundaciones: pueden haber perdido más de 56,7 millones de dólares en todo el estado. De eso, los cultivos destruidos representan más de 28,3 millones de dólares. El resto es pérdida de la fertilidad del suelo, costos de recuperación de la tierra, la pérdida acumulada en préstamos y los daños colaterales. La cifra total podría aumentar a medida que surjan otros costos.

Los 71 grupos cultivadores que trabajan en 37 hectáreas en los nueve panchayats [consejos de aldea] de Ranni Block han pedido más de 100 mil dólares en préstamos de bancos este año. «Y todo se perdió con las inundaciones», dice Omana Rajan, una activista líder de Kudumbashree y agricultora grupal. Su propio *sangha krishis* «Manna» [Regalo Divino], había conseguido 2.800 dólares en ganancias del cultivo de bananas solo el año pasado. Cada una de las cinco integrantes tuvo ganancias de alrededor de 700 dólares el año pasado. «Conseguimos precios más altos porque nuestra agricultura es orgánica. Pero este año nos hemos perdido los mejores precios de la temporada, el período del festival Onam. Todo fue destruido. Pero nosotras lo reconstruiremos».

Estamos presenciando esa destrucción en la aldea de Ranni Angadi. Menos de 10 de los 71 *sangha krishis* en este panchayat tenían algún

tipo de seguro. Obtener seguros para tierra arrendada no es simple. Dathan, que tiene una maestría en agricultura y trabaja en el departamento de conservación de suelos en el gobierno de Kerala, analiza los daños con ojo de experto. Trabaja en delegación con activistas de Kudumbashree como Bincy Bijoy, la mujer que se reía de la idea de que los mumbaikars (habitantes de Mumbai) necesitaran protección contra la polución. Su lente es el de una agricultora.



El agua de las inundaciones subió hasta casi el techo de esta casa en Ranni Angadi.
Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath

Como sea que se mire, el daño es desalentador. Pero el valor y el espíritu de estas mujeres parece aumentar en proporción inversa a la devastación que sufrieron como resultado de las inundaciones de agosto, las peores en Kerala en un siglo. En nuestra primera reunión en la oficina del panchayat de Ranni Angadi, se llenaron de risas y alegría. El presidente del panchayat, Babu Pullat, incluso bromeó sobre eso: «Se supone que estamos en medio de una gran tragedia sobre la que este hombre ha venido a escribir», les dijo, «y aquí están ustedes riéndose. ¿Qué va a pensar? ¿No deberíamos estar serios?» Más risas saludaron esta amonestación. Varias de las mujeres insistieron en hablar conmigo en hindi, aunque tanto ellas como yo hablamos un poco de tamil. Yo soy de Mumbai, entonces tenía que ser hindi.

Cuesta bastante más de 4.000 dólares cultivar 0,4 hectáreas (un acre) de bananas, explica Bijoy. «Cada una de las 1.000 plantas que podemos poner en 0,4 hectáreas cuesta 4 dólares. También tenemos que gastar un poco en pesticida, pesticida orgánico. Y los costos de la mano de obra son altos». Pero ellas consiguen rendimientos de 10 a 12 toneladas por 0,4 hectáreas y venden sus bananas por hasta 0,85 dólares el kilo, entonces pueden tener una ganancia de 2.100 a 2.800 dólares, como sucedió el año pasado con muchos de los grupos aquí. «Además», dice Shiny Joseph del sangha krishi «Sangamam» [Confluencia], «podemos tener precios Premium en la época Onam [la estación del festival de la cosecha] de hasta 1,2 dólares por kilo».

El año pasado, cada una de las seis integrantes de Sangamam tuvo una ganancia de 700 dólares. «Este año lo perdimos todo. Los tres

acres enteros se acabaron. Puede costar 1.400 dólares limpiar las toneladas y capas de sedimento y escombros en cada acre», dice Joseph. «Hay que limpiar los canales también. Puede tomar tres meses, pero intentaremos hacerlo antes. Sin embargo, todo se está secando. Y ahora nos enfrentamos a una sequía».

Agricultora tras agricultora nos dijo que no tenían dudas de que podrían reconstruir y pronto. No es que no tuvieran idea de lo mal que estaban las cosas, sino que su determinación supera la devastación. «La nuestra es una fuerza colectiva. Sacamos valor y fuerza de voluntad de nuestra solidaridad. Kudumbashree es todo solidaridad». Esta es una declaración que he escuchado repetir a lo largo de los años. Ahora tras las devastadoras consecuencias de las inundaciones de Kerala, están viviendo a la altura de esa afirmación.

En todo el estado, agricultoras sangha krishi que han perdido casi todo, aún así contribuyeron para ayudar a la macro red de Kudumbashree a recaudar casi 100 mil dólares para el Fondo de Asistencia del Ministro Jefe. El 11 de septiembre trajo otro momento conmovedor. Ese día, en Nueva Delhi, Kudumbashree recibió el premio de la Misión Nacional de Medios de Subsistencia Rurales (NRLM, por su sigla en inglés) por su «Desempeño sobresaliente en medios de subsistencia para agricultores», la primera vez que la NRML concedía un premio así.

Kudumbashree podría muy bien ser el mayor programa de justicia de género y reducción de la pobreza del mundo. Establecido como parte de una iniciativa gubernamental en 1998 por el Frente Democrático de Izquierda, las mujeres valoran la independencia

y la autonomía que han construido colectivamente desde entonces: «Trabajamos con los gobiernos, no para los gobiernos», es una suerte de lema. A pesar de todo su coraje e independencia, hoy necesitan el apoyo de bancos y otras instituciones, y la solidaridad de todxs nosotrxs. No hay paralelo en este país a este noble esfuerzo agrícola liderado por mujeres pobres. Ciertamente no de tal tamaño, alcance y nivel de logros.

Cuando salimos para reunirnos con otros *sangha krishis* una de las mujeres se acerca y nos dice: «Volveré. Hemos recibido un duro golpe, pero volveremos. Empezaremos a cultivar de nuevo en un mes, ya lo verán».





Integrantes de varios grupos sangha krishi de Kudumbashree en una animada reunión en la oficina del panchayat de Ranni Angadi.
Archivo Popular de la India Rural / P. Sainath



tricontinental

Instituto Tricontinental de Investigación Social
*es una institución promovida por los movimientos,
dedicada a estimular el debate intelectual al servicio
de las aspiraciones del pueblo.*

www.eltricontinental.org

Instituto Tricontinental de Pesquisa Social
*é uma instituição internacional, organizado por
movimentos, com foco em estimular o debate
intelectual para o serviço das aspirações do povo.*

www.otricontinental.org

Tricontinental: Institute for Social Research
*is an international, movement-driven institution
focused on stimulating intellectual debate that serves
people's aspirations.*

www.thetricontinental.org

Foto de tapa | Hace 20 años, Pujari Linganna tuvo que arrancar la vegetación para rodar una película. Hoy en día, el tiempo y la acción humana han traído las características del desierto al lugar. *Archivo Popular de la India Rural / Rahul M.*